

Misioneros en China : Francisco Varo (1627-1687), autor de la primera gramática del mandarín, en su contexto lingüístico e histórico-cultural

Autor(en): **Bossong, Georg**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2013)**

Heft 21

PDF erstellt am: **14.09.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-1047235>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Misioneros en China.

Francisco Varo (1627-1687), autor de la primera gramática del mandarín, en su contexto lingüístico e histórico-cultural

Georg Bossong

Universität Zürich

El encuentro de los europeos con los pueblos y culturas fuera de Europa es un acontecimiento mayor que ha marcado sobre todo el último medio milenio. Con el "choque de civilizaciones" a escala mundial empieza la era de la globalización. Las naciones ibéricas, los portugueses primero, los españoles después, han sido los pioneros de esta evolución. Con ellos, por primera vez en la historia, la humanidad entera aparece en la conciencia universal como una unidad. Este encuentro, fecundo y fatídico a la vez, ha tenido consecuencias incalculables en todos los dominios. Marca nuestras vidas hasta hoy.

Una de las fuerzas directrices de la expansión europea era la misión. El cristianismo pertenece al grupo de las religiones de la revelación que pretenden ser detentoras de la verdad absoluta. Esta pretensión (en alemán *Absolutheitsanspruch*) instiga a los creyentes a propagar su fe. La congregación *De propaganda fide* fue creada en 1622 por el papa Gregorio XV, pero la orden de predicar el evangelio entre los gentiles es de origen bíblico; la misión cristiana se basa en la así llamada "Gran comisión". Antes de subir al cielo, Jesucristo ordenó a sus discípulos evangelizar a todos los pueblos (Mateo 28, 19-20). En el cristianismo, en contraste por ejemplo con el budismo, que también conoce la

misión, la conversión es una obligación absoluta, porque los que no creen y no están bautizados sufrirán, después de la muerte, las penas eternas del infierno. Para un cristiano que se tomaba la sagrada escritura en serio, salvar las almas de la condenación eterna era una tarea absolutamente prioritaria.

Este desafío se manifestó con toda urgencia cuando los europeos entraron en contacto con pueblos que nunca antes habían oído nada del cristianismo. Lo que movió a portugueses y españoles a buscar nuevas tierras más allá de los océanos, no fue sólo el espíritu de aventura o la codicia de riquezas, fue también, en algunos casos por lo menos, el afán de salvar a los gentiles de la condenación. En esta empresa no les preocupaba en absoluto que, al propagar la fe cristiana, iban a destruir las creencias autóctonas. Lo único que les interesaba era cómo hacerse comprender por los infieles, a fin de poder convertirlos. Para propagar la fe cristiana se necesitaba un medio de comunicación. Y así los misioneros católicos de los primeros tiempos empezaron resoluta y atrevidamente a penetrar en mundos lingüísticos nunca antes explorados. Nació lo que hoy solemos llamar la "lingüística misionera". En los siglos XVI a XVIII la globalización empezó, entre otras muchas cosas, con la toma de conciencia de la diversidad lingüística real de la humanidad. El descubrimiento de nuevos mundos llevó consigo el descubrimiento de lenguas completamente opuestas a todo lo acostumbrado. Comprender, describir y finalmente aprender a utilizar de manera activa tales lenguas se convirtió en una necesidad urgente. La lingüística experimentó un auge espectacular, pero los resultados de este desarrollo seguían durmiendo en las bibliotecas hasta hace poco. Sólo en estos últimos años se ha comenzado a evaluar en su justo valor el caudal enorme de descripciones lingüísticas, tanto en gramáticas como en diccionarios, que fueron redactadas por los misioneros españoles y portugueses.

El reto al que se veían enfrentados los religiosos era diferente según las regiones y culturas. Las lenguas con las que se encontraban se distinguían por factores tanto externos como internos. Las diferencias entre América y Asia son fundamentales. En cuanto a los factores externos (de sociolingüística y de estatus), las lenguas de América son idiomas meramente orales, sin historia documentada, con poca diferenciación de registros y estilos. La introducción de la escritura había de partir desde cero: los misioneros debían buscar métodos para representar los sonidos exóticos con las letras del alfabeto latino sin ningún modelo anterior. En cuanto a la estructura interna, las lenguas americanas representan una enorme variabilidad tipológica,

pero lo que prevalece, más allá de todas las diferencias, es lo que los lingüistas del siglo XIX llamarían el tipo "aglutinante", es decir la combinación más o menos floja de un lexema con morfemas gramaticales añadidos mecánicamente. También se observa con relativa frecuencia el tipo "incorporante" en el cual están reunidas varias raíces en un solo lexema complejo. De todas formas, ya se trate del náhuatl, del quechua, del aymara, del guaraní o de otras, las lenguas americanas suelen tener una morfología bastante compleja, aunque con menos irregularidades que las europeas, que pertenecen al tipo "flexional".

Las lenguas de Asia son diferentes en todos los aspectos. Desde el punto de vista exterior, los misioneros se encontraban frente a lenguas escritas, con largas y complejas historias literarias y con una gran variedad de registros y estilos. En cuanto a su tipología, no es posible clasificarlas en una sola categoría, pero lo que sí se puede afirmar es que algunas de ellas representan el tipo "aislante", completamente opuesto a los antes mencionados. El japonés (con el coreano) es un caso aparte, pero tanto el chino como el vietnamita son lenguas que carecen de un aparato morfológico como el que es habitual en las lenguas europeas. En estos casos, el desafío era no tanto el análisis de un sistema morfológico complejo, sino la ausencia de toda morfología. En lenguas como el chino, el vietnamita —ambas conocidas por los misioneros— y otras de Asia oriental, lo que hay que explicar es el hecho de que falte todo lo que a un europeo le parece imprescindible.

La primera descripción —aún muy sumaria— de una lengua del tipo aislante proviene del jesuita italiano Cristoforo Borri (1583-1632). En un librito intitulado *Relatione della novissima missione delli PP. della compagnia di Giesù al Regno del Cocincina* (1631), traducido en varias lenguas y éxito considerable en toda Europa, Borri describe no sólo los usos y costumbres del reino vietnamita ("Regno del Cocincina"), sino también lo esencial de su lengua: la ausencia completa de declinación nominal y de conjugación verbal. Esta falta de redundancia impresionó mucho al famoso filósofo Tommaso Campanella que utiliza el ejemplo de esta lengua para establecer una definición axiomática —independiente de estructuras lingüísticas específicas— de las partes de la oración. El encuentro con un tipo lingüístico despojado de muchos elementos que a nosotros nos parecen necesarios —pero que en realidad son superfluos— ha conducido a la concepción de una gramática universal, basada en reflexiones filosóficas y ya no en los rasgos particulares de una lengua individual (véase Bossong 2007 para más detalles). El chino es semejante al vietnamita en este aspecto.

Para los misioneros en China, el conocimiento activo de la lengua fue esencial desde el principio. Las grandes figuras de la misión cristiana destacan por ser buenos conocedores del chino tanto escrito como hablado. En primer lugar, hay que mencionar al más famoso de todos, el jesuita italiano Matteo Ricci (1562-1610) que, para tener acceso a la corte imperial en Pekín, se asimiló por completo a la vida de un mandarín tradicional: vistió como un oficial chino, imitó sus usos y costumbres, y dominó perfectamente el chino hablado y escrito, después de un aprendizaje intenso de ocho años. Se dice de él que conocía 12.000 caracteres chinos, lo que resulta tal vez un poco exagerado pues esta cifra sólo es alcanzada por los eruditos más eminentes. Sin embargo, su dominio de la lengua escrita se manifiesta en sus trabajos, ya sean originales ya sean traducciones de obras occidentales. El saber que más se apreciaba en la clase superior eran las matemáticas y todo lo que a ellas se refería. Ricci tradujo los *Elementos* de Euclides al chino y compuso tratados de astronomía en esta lengua. Su contribución mayor fue un mapamundi detallado, el primero de este tipo en China. Tradujo asimismo el tratado sobre la amistad de Cicerón del latín al chino. En dirección opuesta vertió el famoso *Clásico de los 300 caracteres*, introducción elemental a la ética del confucianismo con la cual los niños aprenden los caracteres más frecuentes de la lengua clásica hasta hoy. También publicó un tratado filosófico-teológico sobre las similitudes y convergencias entre el confucianismo y el cristianismo, demostrando que la ética en occidente y oriente tiene fundamentos parecidos. Desgraciadamente, Roma frenó todo tipo de adaptación del cristianismo al espíritu chino y así, al final, la empresa misionera en China acabó fracasando. Lo que queda en los libros de la historia universal es la figura clave de Matteo Ricci, un modelo de importancia capital para el encuentro de las civilizaciones.

Ricci y su compañero Michele Ruggieri (1563-1607) compusieron en los años 1580, con la ayuda de conversos nativos, un diccionario portugués-chino, primera obra de lingüística de los misioneros europeos en China y primer diccionario bilingüe del chino. Este trabajo, olvidado durante más de cuatro siglos, fue redescubierto recientemente y editado en forma facsimilar (Witek 2001). Se trata de un manuscrito "abierto", es decir incompleto y con la posibilidad de añadir nuevas entradas posteriormente, constituido por una colección de aproximadamente 6.000 palabras útiles en todos los campos de la vida. El diccionario debió de haber sido redactado en Macao, ya que en esta ciudad portuaria los jesuitas aprendían el chino antes de emprender sus viajes al interior del país. Con una finalidad esen-

cialmente práctica, esta obra lexicográfica sirvió a los misioneros recién llegados de Europa para aprender la lengua con rapidez. Es de sumo interés histórico y lingüístico, para la sinología e incluso para la romanística, ya que contiene muchas palabras portuguesas coloquiales o vulgares, y también numerosas expresiones técnicas marineras (Barreto 2002). Las traducciones al chino se dan en caracteres y en una transcripción al alfabeto latino. Representan así la primera reproducción alfabética de las palabras chinas en la historia, de enorme importancia para la reconstrucción de la evolución fonética de esta lengua. La lengua representada es esencialmente el mandarín, con algunos elementos tomados de los dialectos meridionales. Llama también la atención el hecho de que la lengua del diccionario no corresponde a la norma de la "capital del norte", es decir Pekín, sino a la koiné estandarizada de Nankín, la "capital del sur", antigua capital del imperio Míng que había seguido teniendo gran importancia incluso después del traslado del gobierno a Pekín en 1421. Es un hecho notable que este primer diccionario fue redactado en portugués, a pesar de la autoría de dos jesuitas de nacionalidad italiana. En el manuscrito hay algunas notas en italiano (escritas con mano diferente) pero, por lo esencial, los lemas están redactados y ordenados alfabéticamente en portugués. A mi modo de ver, esto se debe, claro está, a la larga estancia de los autores en Macao, pero también al hecho de que antes de llegar a China ambos habían pasado cierto tiempo en Goa. Ricci también había estudiado en Coimbra, y Ruggieri había esperado en Lisboa su barco para trasladarse a Asia. Los dos jesuitas deben de haber tenido, pues, conocimientos profundos del portugués.

Ni Ricci ni Ruggieri redactaron gramáticas. La primera descripción gramatical de una variedad del chino es una obra anónima escrita en 1620 en Manila, intitulada *Arte de la lengua chio chiu* (véase más abajo para la explicación del título). Esta obra, documentada en dos manuscritos conservados en Barcelona y en Londres, se atribuye a veces al dominico Melchor de Mançano (1579-1630), pero su autoría no es cierta. El texto, estudiado y publicado recientemente (Klötter 2011), tiene un gran interés tanto para la historia como para la lingüística y muestra la importancia de la capital filipina para la misión en China. Los portugueses poseían una base en el territorio chino, a saber Macao, donde podían pasar el tiempo necesario para aprender la lengua. En cambio, los españoles no tenían nada parecido y estaban obligados a preparar su estancia en otro lugar, fuera del imperio chino. Manila les ofrecía esta posibilidad. La comunidad de inmigrantes chinos, numerosa en la capital filipina, había

conservado su lengua de origen. Los *sangleyes*, es decir los chinos nacidos en las islas, hablaban una variante especial del dialecto *mǐn* meridional, originario de la provincia Fújiàn. Este dialecto, mejor conocido bajo el nombre de *hokkien*, es el más hablado en las colonias chinas del sureste asiático, no sólo en Filipinas, sino también en Malasia, Singapur e Indonesia. Aprendiendo este dialecto, los futuros misioneros españoles podían prepararse a su tarea en el continente. El nombre *chio*(¹) *chiu* del título se refiere al distrito Zhāngzhōu de la provincia de Fújiàn. El dialecto documentado en esta gramática es llamado EMH (*Early Manila Hokkien*) por el editor Henning Klöter y puede reivindicar el papel histórico de haber sido la primera variedad del chino descrita gramaticalmente en una lengua europea.

Como se sabe, en China se hablan siete idiomas siníticos: aparte del mandarín (*guān huà*), la lengua más hablada del mundo, se suelen distinguir el wú (dialecto de Shanghai), el mǐn (con sus subvariedades, entre las cuales se encuentra el *hokkien*), el hakka, el gàn, el xiàng y el yuè (cantonés). Todos estos idiomas son suficientemente diferentes entre sí para ser clasificados como "lenguas" —con el mismo derecho que, por ejemplo, las distintas lenguas románicas— pero, por razones político-culturales, se les suele atribuir la etiqueta de "dialectos". Evidentemente, todos se escriben con los mismos caracteres chinos que sirven como lazo unificador. El *Arte* antes mencionado es, pues, la primera descripción gramatical de una variedad del chino y constituye, además, un testimonio de inapreciable valor de una lengua sinítica (o "dialecto" chino) a mediados del siglo XVII. La transcripción de los caracteres, que sirven para unificar pero que al mismo tiempo ocultan las diferencias, nos permite echar una ojeada a la fonética histórica del mǐn meridional (*hokkien*) y, por lo tanto, de la familia sinítica en su totalidad. El valor científico de esta obra misionera es, por todo ello, inestimable.

En la descripción lingüística observamos una mezcla de criterios que es típica de las gramáticas misioneras de lenguas aislantes. Por un lado, se reconoce el carácter particular de este tipo de lenguas, totalmente distinto de las europeas. Por otro lado, se emplean las categorías de la gramática latina como si se tratara de un ejemplo más de lo acostumbrado. Así, la descripción del nombre empieza de este modo:

en esta lengua no tienen los nombres diverças terminaçiones para distinguir los casos pero ai unas particulas con las quales se diferençian los casos el genitiuo se diferençia posponiendo le esta particula .gue. el datiuo anteponiendo le esta particula .kit. [...] (Klöter 2011, pp. 186-188).

Sigue un paradigma como el del latín (se omiten los caracteres chinos, también se omiten el acusativo, el ablativo y el vocativo):

| | |
|----------|-----------------------|
| lāng | el hombre |
| lāng gùe | del hombre |
| kît lāng | p.a. el hombre (l.c.) |

Lo mismo vale para la descripción del verbo del cual se dice lo siguiente:

en esta lengua una mesma terminaçion y vos [voz] sirue para todos los modos tienpos y personas barianse con algun nonbre o adueruio que sinifique tiempo presente o pasado o poruenir de ordinario se conoçe la diferençia de tiempo de lo que se ua tratando (Klötter 2011, p. 216).

Se expresan diferencias temporales por medio de partículas o con adverbios que aclaran inequívocamente si se trata de una acción pasada (*ayer, el año pasado*) o futura (*luego, mañana*), sin necesidad de utilizar formas temporales específicas del verbo. Con esta descripción, el autor de esta gramática del hokkien llega a las mismas conclusiones que Cristoforo Borri en el mismo momento histórico con respecto al vietnamita:

è la Cocincina la più facile lingua d'ogni altra al mio parer; poiche questa non ha varietà alcuna né di coniugationi de'verbi, né di declinationi de'nomi; ma con vna sola voce, ò vocabolo, aggiuntoui vn'adverbio, ò pronome significa tempo presente, ò preterito, e futuro, il numero d'vno, e delli più; & in somma supplisce à tutti li modi, a tutti li tempi, à tutte le persone, & alla diuersità così de'numeri, come de'casi (Borri 1631, p. 78; Bossong 2007, pp. 130 ss.).

El *Arte de la lengua chio chiu*, primera descripción del hokkien hablado por los chinos en Filipinas, pone de manifiesto la importancia que tuvo para los españoles la ciudad de Manila. Para la misión europea en China hubo dos caminos distintos: el camino portugués, que iba desde Lisboa a lo largo de las costas africanas, pasando por Goa, la costa meridional de India, el estrecho de Malaca para llegar finalmente a Macao en la costa suroriental de China; y el camino español que partía de Andalucía, atravesando el Océano Atlántico hasta el puerto de Veracruz en México, pasaba por tierra al puerto de Acapulco y a partir de ahí por el Océano Pacífico hasta Manila. Tanto por el este como por el oeste, el viaje podía durar hasta dos años.

La primera descripción gramatical de la lengua estándar, el mandarín, es obra del dominico de origen sevillano Francisco Varo (1627-1687), que entró en la orden en 1643. El misionero dominico Juan Bautista Morales (1597-1664) se encontraba en aquel momento en Europa y reclutó a Varo para prepararse al ministerio en China. Ya en 1646 Varo se embarcó en Sanlúcar de Barrameda y siguió todo el camino que acabamos de describir: Veracruz, México (donde fue ordenado sacerdote), Acapulco y, finalmente, Manila en 1648. En la capital filipina empezó a aprender la lengua china de boca de los sangleyes durante un año. Se familiarizó con el dialecto hokkien y con la lengua oficial, en toda su variabilidad interna. En 1649 entró en el imperio chino, en la región costera del sureste. En aquel momento histórico, la China atravesaba un periodo de agitación: la última dinastía china *hàn*, la de los Míng, acababa de sufrir una derrota total, vencida y desplazada por los manchúes, fundadores de la nueva dinastía Qīng, con capital en Pekín, que iba a reinar hasta el colapso definitivo del imperio y la instauración de la república en 1912. La dinastía Qīng empezó oficialmente en 1644 con la toma de Pekín, pero la resistencia por parte de los seguidores de la dinastía Míng siguió durante dos decenios. Los legitimistas del antiguo régimen pudieron mantenerse frente al poder manchú en el sur del país. La región costera, tan importante para el contacto con los europeos y el comercio exterior, todavía no estaba sometida en el momento en que Varo puso sus pies en la provincia de Fújiàn. En esta situación de incertidumbre política y de ausencia del poder central, los misioneros españoles podían proseguir su obra de evangelización con cierta libertad. Francisco Varo fue pronto reconocido como el que mejor dominaba la lengua y declarado responsable de la formación lingüística de los nuevos misioneros. Fue nombrado vicario apostólico de varias provincias del sureste en el año mismo de su muerte.

Las facultades lingüísticas de Varo debieron de haber sido extraordinarias. Según varios testimonios de sus contemporáneos dominaba tanto el mandarín como el dialecto mǐn de Fúzhōu, capital de la provincia costera de Fújiàn con el que ya había tenido contacto durante su estancia en Manila. Sus correligionarios europeos se asombraban por la profundidad de sus conocimientos, y los chinos, al oírlo sólo y sin verlo, lo tomaban por un chino pues les parecía increíble que un extranjero hablase su lengua con tanta perfección (véanse los testimonios citados en Breitenbach 2005, p. 57). En los tribunales, impresionaba a los jueces por sus conocimientos del lenguaje jurídico con to-

das sus sutilezas. Varo estaba preparado mejor que ningún otro para escribir una gramática del chino.

Varo redactó esta gramática en los últimos años de su vida y, ya antes, había redactado dos diccionarios. En 1670 terminó el manuscrito de un vocabulario portugués-mandarín, titulado *Vocabulario da lingua mandarina*. Como casi un siglo antes habían hecho los jesuitas italianos Ruggieri y Ricci, en este su primer diccionario, el dominico español también utilizó el portugués, lengua dominante entre los idiomas europeos presentes en China. Más de veinte años más tarde compuso un diccionario español-chino, que comprende no sólo voces del estilo superior, sino también del lenguaje coloquial. El título de esta obra, terminada en 1692, reza así: *Vocabulario de la lengua mandarina con el estilo y vocablos con que se habla sin elegancia compuesto por il [sic] P. Francisco Varo ord. pred. ministro de China consumado en esta lengua. Escrivese guardando el orden del A.B.c.d.* Los diccionarios no fueron impresos en vida del autor. Recientemente, el *Vocabulario* español ha sido estudiado y editado por South Coblin (2006), que ha añadido los caracteres chinos, una traducción al inglés y varios índices. En cambio, el *Vocabulario* anterior en portugués de 1670, conservado en forma manuscrita, sigue aún sin editar. Sería de sumo interés compararlo pormenorizadamente con el diccionario portugués-chino de Ruggieri y Ricci, no sólo para la sinología, sino también para la lexicología histórica del portugués.

La finalidad práctica de la lingüística misionera se manifiesta en la prioridad temporal de los diccionarios. Había que preparar a los futuros misioneros para su trabajo de predicación y confesión, y para esto lo más apremiante es un vocabulario. En cambio, la gramática presenta menos urgencia, ya que las estructuras básicas de una lengua aislante como el chino se aprenden casi intuitivamente. Sin embargo, como también las reglas gramaticales son importantes, éstas fueron descritas por nuestro autor hacia finales de su vida. Ya antes de Varo se habían escrito gramáticas del chino pues los dominicos eran muy activos en este campo (González 1955, citado en Breitenbach 2006, pp. 71-76). En particular, se sabe que Juan Cobo (1547 - 1591), autor del famoso *Espejo rico del claro corazón*, redactó en Manila, además de un diccionario, también una gramática; y que Francisco Díaz (1606-1646) hizo lo mismo en 1641. Sin embargo, estas obras nunca fueron impresas y no se han conservado los manuscritos. En cambio, de Francisco Varo no sólo se conoce la gramática impresa póstumamente, sino también dos manuscritos que contienen estadios preparatorios para la redacción de su obra mayor (Breitenbach 2005, pp. 58-64). Su *Arte*

de la lengua Mandarina de 1703 es la primera gramática de la lengua estándar del Imperio chino en una lengua occidental que conocemos hoy.

Ya hemos dicho que las lenguas literarias de Asia difieren de las lenguas nativas de América en los aspectos más fundamentales: estatus y tipología. Por un lado, son lenguas escritas con una larga historia y con una arquitectura estilística compleja. Por otro lado, son tipológicamente distintas, en parte por lo menos: el chino pertenece al tipo que más tarde será llamado "aislante" (el caso del japonés es diferente, pero esto no se puede profundizar aquí). Ambos aspectos representan desafíos particulares para los misioneros.

Varo se concentra en la lengua estándar: incluye el estilo escrito basado en la lengua clásica (*wényán*), pero hace hincapié en la lengua hablada. El mandarín que describe no es el de hoy, es decir, el basado en la lengua de Pekín, sino que tiene un carácter marcadamente meridional. Sin embargo, no es uno de los "dialectos" (o "lenguas") repartidos en el sur de China; no describe el hokkien o el cantonés, sino la lengua oficial. Las particularidades sureñas se hacen sentir esencialmente en el plano fonético, mientras que la gramática sigue los modelos de la lengua general que se subdivide, según Varo, en tres variedades bien diferenciadas. No se trata de "dialectos" definidos geográficamente, sino de variantes socio-pragmáticas en el interior de un mismo sistema. La diferencia mayor entre ellas radica, en la teoría del dominico, en el léxico: en el estilo más elevado, el de los letrados y de los textos clásicos, predominan las palabras monosilábicas de manera absoluta; en los registros más coloquiales (llamados *báihuà*, "lengua blanca") estas palabras serán reemplazadas en mayor o menor medida por palabras disilábicas compuestas.

La tendencia del monosilabismo al di- o polisilabismo es fundamental en la historia de la lengua china. Para explicar este fenómeno, central en las clasificaciones de Varo, es oportuno ilustrarlo con unos ejemplos concretos para el lector que no sabe chino. En la lengua arcaica y clásica, la riqueza del sistema fonológico y las reglas fonotácticas permitieron distinguir muchísimas palabras monosilábicas que más tarde se iban a convertir en homófonos. Me contento con dos ejemplos:

- Ciertas consonantes iniciales se confundieron gracias a los efectos de la palatalización: /ts^h/ y /k^h/ delante de /i/ o /ü/ se convirtieron ambos en /tś/; así, /k^hü/ 'ir' y /ts^h ü/ 'apresurarse' se pronuncian de igual modo /tś^h ü/ en la lengua moderna (escrito <qù> en *pīnyīn*, la

ortografía latina oficial de hoy) (Matthews 1931 *s.v.*; transcripciones mías).

- Las consonantes oclusivas /-p/, /-t/ y /-k/ en posición final se han enmudecido; así, palabras antiguamente diferenciadas como /ip/ 'ciudad', /it/ 'huir' e /ik/ 'acordarse', todas se pronuncian /ì/ <yì> en la actualidad (Pulleyblank 1991, p. 261, pp. 370-372).

El número de homófonos en la lengua estándar moderna es inmenso. En el mandarín estándar actual sólo hay unas 1.200 sílabas fonéticamente diferenciadas. Con una cifra tan baja, nunca sería posible construir el vocabulario de una lengua utilizando solamente palabras monosilábicas. Es evidente que la escritura logográfica china sirve para diferenciar los homófonos, pero la lengua hablada debe prescindir de los caracteres. Así, en la lengua moderna los conceptos en su gran mayoría están expresados por medio de combinaciones plurimembres de palabras monosilábicas. No citaré más que dos ejemplos corrientes, un concepto nominal y un concepto verbal.

- 'Amigo' se decía *péng* o *yǒu* en la lengua clásica; *péng* significa, además, 'ser fuerte', 'tienda' y otras cosas; *yǒu*, además, quiere decir 'existir', 'vicioso', 'negro', etc. Combinadas estas dos sílabas, el significado queda claro: *péngyǒu* 'amigo+amigo' es la expresión usual en el mandarín moderno.
- El verbo *chéng* sin más significa 'cumplir, lograr' en chino clásico (y además 'muralla', 'mostrar', 'límpido' y otras cosas); el verbo *jiù* tiene el mismo significado (y también 'ofensa', 'asistir', 'viejo', etc.). La combinación *chéngjiù* sólo puede significar 'cumplir, lograr', y esta es la forma corriente en la lengua moderna (este último ejemplo lo tomo de Pimpaneau 1988, I, p. 12).

La diferencia entre el estilo elevado, cercano a la literatura clásica con su marcado monosilabismo, y la lengua más popular intermedia coloquial que tiende al disilabismo, está explicada por Francisco Varo en las "advertencias" que preceden a su obra con las siguientes palabras:

[esta lengua] trae consigo mucha equivocación, y para evitarla usan ordinariamente hablando de dos terminos complexos, ò identicos en la significación: en la escritura es menos esto, porque como las letras sean mas propiamente caracteres que letras, con los quales expresen los conceptos, quitan aunque no en todo, en parte, la equivocación. [...] Tres modos ai de hablar esta lengua: El primero alto y elegante, y que se usan en el mui

pocos, ò ningunos complexos, por hablarse à el modo que se escriue de este primer modo solo se puede usar con los letrados, pues solos ellos lo entienden [...] El 2do modo es un medio, que le entiende la maior parte, y se usa con algunos complexos, aunque no en los terminos, que ex vi narrationis se entiende, y en el se usan algunos terminos de letra elegantes [...] El terçer modo, es tosco, y grosero, es para predicar à las mugeres, y aldeanos (Varo 1703, pp. 1-2)¹.

El criterio fundamental para distinguir los niveles estilísticos de la lengua es, pues, el grado de monosilabismo. Para el concepto de "combinaciones de palabras monosilábicas que forman expresiones polisilábicas", Varo utiliza el término "complejo". En el estilo clásico ay "muy pocos o ningunos complexos". Es hablar a la manera de Confucio y de los otros clásicos con los que todo letrado estaba familiarizado, en un lenguaje esencialmente monosilábico. En cambio, en un estilo que va acercándose al uso coloquial, aumenta el número de las combinaciones polisilábicas; pero incluso en este estilo intermedio, unos conceptos monosilábicos dispersos en el texto añaden a su "elegancia", siempre que se entienda la significación. Varo insiste con razón sobre el hecho de que más allá de la desambiguación por medio de la combinación de palabras en "complexos", lo que cuenta aún más es el contexto. Cuando se sabe de qué se trata, cuál es la "materia" de la que se habla, se comprenden incluso expresiones monosilábicas que, pronunciadas de forma aislada, resultarían enigmáticas. Esta idea la formula así:

Suele tambien acontecer el no enteneder al minstro por dezir solo un termino, el qual por no estar con complejo, ò por no averse hablado ex antecedenti circa subjectam materiam, siendo la voz por si sola considerada equiuoca, e indiferente à tener muchas significaçiones, no es facil conosca el oiente el intento, ò significado, con que la toma el que habla, [...] no auiedo precedido materia (Varo 1703, p. 4).

En términos modernos diríamos que es el contexto el que aclara el significado de los términos ambiguos o polivalentes. Si el contexto lo permite, se pueden utilizar también ciertas expresiones monosilábicas (y por ende equívocas) en lugar de las expresiones polisilábicas modernas, sin riesgo para la claridad.

Varo comienza su obra con una comparación general entre el chino y las lenguas europeas:

¹ Las citas de Varo proceden del facsímil del manuscrito en la edición de Coblin & Levi (2000).

Es la lengua mandarina en lo que toca à sus voces y letras ex diametro opuesta a las Europeas, pues estas todas tienen innumerables vocablos, y muy limitadas letras, y la mandarina innumerables letras, ò caracteres, y muy limitados terminos, o vocablos, pues su numero no pasa de 364; y de à qui es, que para poder con tan pocos terminos significar multitud tanta de cosas, como en si encierra el universo, actos intellectuales, passiones interiores, propiedades, y naturaleza de las cosas, &c. Dieron à este corto numero de terminos diversas entonaçiones en la voz [...] y estas entonaçiones suben à 1525, y siendo assi que por tener tan limitados terminos, y voçes, parece avia de ser lengua barbara, no es assi, si no que es retorica, y tiene abundancia de terminos, y sinonimos para significar una mesma cosa (Varo 1703, p. 1).

Traduciendo este argumento en terminología moderna podemos reformularlo así: una escritura logográfica como la china tiene un número enorme de caracteres que expresan conceptos, es decir que se refieren a la "primera articulación" en el sentido de André Martinet (1949). El número de conceptos es efectivamente ilimitado, ya que debe "encerrar el universo". En cambio, una escritura fonográfica, como nuestra escritura alfabética (hay otros tipos de sistemas fonográficos), tiene un número limitado de símbolos, o "letras", ya que se refiere a los sonidos distintivos, es decir a la "segunda articulación" en el sentido de Martinet (1947). La diferencia cuantitativa es enorme: la relación es de $x \cdot 10^1$ a $x \cdot 10^4$. Mientras que un alfabeto contiene aproximadamente de 20 a 50 símbolos, el sistema logográfico chino tiene varias decenas de miles de caracteres.

El período de la misión católica hispánica coincide parcialmente con el reinado de uno de los emperadores más importantes de la historia de China, el segundo de la dinastía manchú de los Qīng: el célebre Kāngxī (1654-1722), que reinó desde 1661. Durante el reinado de este contemporáneo de Luis XIV, el más largo de la historia china, el imperio conoció una época de esplendor en todos los dominios. El emperador también era activo en el cultivo de la lengua china. Mandó componer un diccionario monolingüe que lleva su nombre, el famoso *Kāngxī zìdiǎn*, compilado entre 1711 y 1716. Este diccionario, que fue el más extendido hasta principios del siglo XX, ha conservado todo su valor hasta el presente y es reeditado regularmente en varios formatos. El *Kāngxī zìdiǎn* contiene 49.030 caracteres chinos, que corresponden a las "innumerables letras" de las que habla Francisco Varo.

En cambio, en el plano fonético las sílabas diferenciables son muy poco numerosas. Sin las distinciones tonales, Varo las cal-

cula en 364, pero incluso con los cinco tonos del mandarín de la época, Varo llega tan sólo a 1525, lo que es una cifra muy baja. Con un número tan reducido de sílabas diferenciadas, es imposible expresar todos los conceptos con palabras monosilábicas y hay que recorrer a expresiones compuestas, los así llamados "complejos". La idea expresada por Varo en su introducción general muestra que el autor penetró realmente en lo esencial de la lengua y que fue perfectamente consciente de que el chino era fundamentalmente distinto ("opuesto ex diametro") de las lenguas europeas.

Lo que diferencia los dos mundos lingüísticos es, en terminología moderna, la relación entre las dos articulaciones. Cuando se dice a veces que los misioneros seguían ciega y servilmente los moldes preestablecidos de la gramática latina para describir estructuras exóticas, el estudio sin prejuicios de los textos muestra que no era así. Los lingüistas-misioneros, por lo menos los mejores espíritus entre ellos, fueron plenamente conscientes de los abismos que separan lo europeo de lo encontrado en otros continentes. Varo encabeza su obra subrayando que la diferencia es verdaderamente profunda.

Esto vale para el sistema escritural y la relación entre fonética, semántica y escritura pero también es válido en el dominio de la descripción gramatical. Varo es claramente consciente de las diferencias estructurales que existen entre una lengua aislante y las lenguas flexivas de Europa. Ya en las "advertencias" introductorias, nuestro autor subraya la importancia de la posición de los elementos. Para él, lo que cuenta es la propiedad de la palabra, el tono correcto ("tonada") y la posición de los elementos ("colocación"):

A tres cosas se debe atender para hablar bien este idioma: la primera que el termino, ò voz, que dize sea propio; la 2a que la tonada con que la dize, sea la que corresponde según la significaçion, que le quiere dar; la tercera, que tenga la colocaçion, la qual si no es la que debe ser, queda inintelligible la oraçion (Varo 1703, p. 3).

Esta observación es relevante en un contexto en el cual domina la educación formal y la gramática latina. Justamente el latín, con su sistema flexional complejo, es una lengua con un orden de palabras extremadamente libre ya que los casos indican las funciones sintácticas. En cambio, en una lengua sin aparato morfológico, la "colocación" de los elementos resulta fundamental para la correcta comprensión. Se puede ver, pues, una vez más, que Francisco Varo, a pesar de las apariencias, se distancia

mucho del modelo latino y es perfectamente consciente de la "otredad" de la lengua china.

Esta impresión es plenamente confirmada si observamos el análisis de las partes de la oración. Como prácticamente todos los lingüistas misioneros, Francisco Varo también basa su descripción en los esquemas clásicos, heredados de la Antigüedad. Según éstos, la estructuración básica sigue la repartición de las ocho partes del discurso (μέρη τοῦ λόγου), transpuestas del griego al latín y de ahí, con modificaciones, al español por Antonio Nebrija en su gramática de 1492. Una estructuración de este tipo funciona bastante bien para una lengua indoeuropea, pero es poco adecuada para el chino, lengua que no sólo carece de categorías morfológicas específicas de las diferentes partes del discurso, sino que tampoco las clasifica tan nítidamente como nuestras lenguas. La misma raíz puede aparecer en un contexto donde representa un nombre o un verbo o un adjetivo, sin cambio formal; lo único que cuenta es su posición en la oración. Así, pues, los sustantivos chinos no sólo no tienen terminaciones de caso, sino que tampoco contienen elementos que indiquen clara e inequívocamente su pertenencia a una parte del discurso. La "conversión" (compárese p. ej. Vogel 1996) de un sustantivo a un verbo o viceversa se hace sin cambios formales (compárese Dragunov 1960). Varo tiene en cuenta tanto la ausencia de declinación como la ambigüedad en cuanto a la parte de la oración.

El tercer capítulo de la gramática del dominico se intitula «De las declinaciones del nombre, y pronombre». A primera vista este título deja sospechar que los esquemas del latín son aplicados ciegamente al chino, ya que se empieza con "declinaciones", inexistentes en esta lengua. Sin embargo, leyendo el texto atentamente se constata que no es así: antes de describir las "declinaciones" del chino, se señalan claramente las diferencias fundamentales entre el chino y las lenguas europeas en los dos puntos antes mencionados. La ausencia de una declinación de casos se expresa en estos términos:

En esta lengua, todos los nombres en sus casos son indeclinables, e invariables (Varo 1703, p. 19).

La diferenciación de las funciones gramaticales se realiza o por partículas o por el contexto:

solo se diferencian por alguna particulas que se les antepone, ò por lo antecedente, y subsequente [sic] (l.c.).

Con esta formulación, Varo relativiza los esquemas aparentemente latinizantes que van a seguir: la diferenciación de las funciones casuales se puede hacer por partículas, pero también simplemente por el contexto ("lo antecedente, y subsecuente"). En contraste con el latín y las lenguas europeas, la palabra china en sí, pronunciada de forma aislada, es ambigua. Sólo en un entorno concreto se le puede quitar la ambigüedad. Esto vale para la semántica de la palabra individual:

cadauna de estas voces por si solo en la tonada no tiene çierta significacion, pero es apta para tener muchas; mas puesta ya en la oraçion, y hablando en determinada materia, ò junta con otra uiene à tener determinada significacion, y se quita la equivocacion, que por si sola tenia (l.c.).

Pero al mismo tiempo también vale para la categorización gramatical. Dada la ausencia de morfología, las funciones sintácticas son implícitas y deben ser inferidas del contexto. Las partes de la oración no aparecen en la superficie; si hay algo que se puede comparar con ellas en chino, es el entorno sintáctico. Varo expresa esta idea fundamental con las siguientes palabras:

la misma dificultad y equivocacion (en su género) que se halla en estas voces para la significacion, tiene cada una de ellas para ser casi en la declinaciones, ò parte delas ocho generales de que en la latinidad se componen las oraçiones. (l.c.).

La expresión "para ser casi en las declinaciones" suena un poco enigmática. Lo que quiere decir el autor parece ser algo como "para entrar, por decirlo así, en una de las categorías morfológicas" bien conocidas del latín. Las palabras chinas no entran verdaderamente en estas categorías, sólo pueden hacerlo "casi", o metafóricamente. Lo que realmente ocurre en chino es que la atribución a una clase de palabras no es fija:

à una mesma voz se atribue unas vezes significacion de nombre, otras de verbo, otras de adverbio, &c. (l.c.).

En el siguiente pasaje, Varo utiliza el término "caso" no sólo para los casos nominales, sino como una expresión general para todo lo que solemos llamar "morfología". Se refiere explícitamente a las ocho partes de la la oración de la gramática escolar del latín, pero insistiendo en el hecho de que tales categorías en chino no existen:

ninguna voz por si sola considerada tiene propiamente razon de verdadero caso, ni verdadera parte de la oraçion: juntos pues unos terminos con otros, y colocados segun ellos usan, se dan à entender los casos de las declinaçiones, y nuestras ocho partes de la oracion, que son nombre, pronombre, verbo, participio, preposiçion, aduerbio, interjeçion, y conjunçion (Varo 1703, pp. 19-20).

Este párrafo es fundamental para la apreciación de la obra de Varo. Él, con seguridad, no creía que las categorías gramaticales del chino fueran iguales a las del latín. Si establece, en los párrafos siguientes, paradigmas a la manera de los manuales escolares latinos, esto no debe hacernos creer que considera éstos como universales. Es simplemente una comodidad didáctica presentar el material según esquemas familiares. La realidad de la lengua china es muy distinta, y de esto Varo era perfectamente consciente.

Para completar el cuadro, citaré el paradigma de los nombres y pronombres en singular:

Nom. *Siēn seng*; el maestro,

Gen. *siēn sēng tiě*; del maestro.

Dat. *iū siēn sēng*; para el maestro.

Accus. *siēn sēng*; al maestro.

Voc. *iā siēn sēng*; oh maestro.

Abl. *tūnè siēn sēng*; con el maestro (Varo 1703, p. 20).

Es exactamente este tipo de "paradigmas" el que ha contribuido decisivamente a desacreditar las gramáticas misioneras. Pero no hay que fiarse de las apariencias. A mi modo de ver, tales esquemas justamente no significan que el chino esté sometido al molde de la gramática latina, sino que presupone un análisis tipológico comparativo previo; el orden de los "casos" es igual que en latín por razones prácticas, es un método para facilitar la comprensión por parte de los principiantes cuya experiencia con lenguas extranjeras no sobrepasa el aprendizaje del latín y tal vez la adquisición activa de una que otra variedad románica hablada. Pero esto no quiere decir que Varo se equivocara sobre la verdadera naturaleza de la gramática china, fundada en relaciones posicionales y por ende sintácticas, no en un aparato morfológico reconocible en la superficie.

Lo mismo vale para el verbo. En el capítulo VIII se dice, en claro paralelismo con lo expuesto a propósito del nombre:

en esta lengua assi como los nombres son indeclinables; los verbos son inconjugables, por ser la voz invariable; usan se pues de algunas particulas antepuestas unas vezes, y otras pospuesta, con lo qual se vienen à significar los tiempos y modos, que en la latinidad se atribuien, y tienen los verbos (Varo 1703, p. 49).

Las categorías gramaticales ligadas morfológicamente a los verbos en latín están expresadas por partículas analíticas e independientes en chino. Un ejemplo concreto es la partícula *leào* pospuesta, que en mandarín moderno fue reducida a *le* átono; en la época de Francisco Varo, todavía estaba en uso la forma plena de este "pretérito perfecto". El hecho de que el verbo no tenga conjugación personal sino que utilice simplemente los pronombres en vez de terminaciones personales lo menciona Varo sin profundizar en ello. En esta parte de su gramática, el dominico no da ni siquiera tablas paradigmáticas a la manera de los manuales del latín; se contenta con decir que el imperfecto, el optativo y otras categorías verbales del latín se expresan de tal y tal manera en chino.

El molde de la gramática latina sirve simplemente para presentar el material lingüístico. No se pretende nunca que el chino tenga unas estructuras parecidas a las del latín. Esto se ve de manera evidente en el capítulo dedicado a las preposiciones. Aquí el autor da dos largas listas de preposiciones "de acusativo" y "de ablativo", sabiendo bien que el chino no tiene ni acusativo ni dativo. Pero presentarlas así es una manera simple y eficaz de presentar las locuciones correspondientes del chino (Varo 1703, pp. 58-60). Esta lista es simplemente una especie de vocabulario europeo-chino, que en el caso de las preposiciones tiene los lemas en latín (mientras que para los adverbios los lemas son en español, pp. 60-68).

Además de las descripciones puramente lingüísticas, la gramática de Francisco Varo contiene varios otros capítulos interesantes como, por ejemplo, el dedicado a las palabras "cortesas" (p. 85 y ss); en él no sólo se describe cómo realzar el rango del interlocutor, sino también cómo humillarse uno mismo, ya que la auto-humillación era considerada como un ingrediente mayor del habla cortés. Para concluir podemos decir que la tarea de los misioneros al describir una lengua como el chino era muy distinta a la de analizar una lengua americana como el náhuatl, el quechua o el aymara. Por un lado, el chino, como

lengua literaria y oficial, abarca niveles y estilos fuertemente diferenciados: de lo más coloquial al estilo elevado de los letrados que conocen a los clásicos de memoria, del dialecto local al lenguaje de la capital hay una variabilidad enorme. Varo se enfrentó a este reto con éxito, describiendo la multitud de estilos con una riqueza insuperada de datos de primera mano. Por otro lado, el chino representa una lengua de tipo "aislante", es decir sin morfología flexional o aglutinante, en forma muy pura, igualada tan sólo por el vietnamita, lengua también descrita por misioneros europeos en aquella época. Aunque Varo y sus predecesores no disponían de una teoría lingüística moderna, lograron darse cuenta de la especificidad del tipo chino de manera adecuada. La gramática latina (en particular la de Nebrija) servía como punto de orientación para no perderse en un terreno nunca antes explorado. Pero no se confundía el molde latino con la "otredad" del chino.

El encuentro de los misioneros europeos, en su mayoría hispánicos, con el mundo chino tiene otros aspectos, menos positivos. Es bien conocida la denominada "controversia de los ritos" que escindió en dos partidos los representantes del cristianismo en Extremo Oriente. Los primeros misioneros, encabezados por el célebre jesuita italiano Matteo Ricci, optaban por la acomodación. Se daban cuenta de que un imperio tan antiguo y tan firmemente anclado en sus tradiciones milenarias no se podía convertir ciega y mecánicamente a un cristianismo marcado por la civilización europea. Por consiguiente, estaban dispuestos no sólo a aprender el chino como un mandarín y a asimilarse a la clase dirigente del imperio con sus vestidos, su comida y sus costumbres, sino también a aceptar a Confucio como humanista y maestro de una ética universal. Detectaban en la doctrina del estado, es decir en la filosofía confuciana, muchos elementos positivos que no querían eliminar en el nombre de un Dios único e intransigente. Trataban de evitar el choque entre diferentes religiones con sus respectivas —y mutuamente exclusivas— pretensiones de ser detentores de una verdad absoluta (*Absolutheitsanspruch*). Esta controversia se cristalizó alrededor de dos problemas concretos: el nombre de Dios y la veneración de los antepasados. ¿Cómo había que nombrar al Dios de los cristianos? ¿*Tiān zhǔ* "el maestro del cielo" o *shāng dì* "señor de lo alto"? ¿Cómo reconciliar un principio abstracto como *tiān* "cielo" con la idea de un Dios personal? Para los jesuitas, tales preguntas, capaces de dividir, tenían menos importancia que los elementos comunes entre las religiones y las filosofías de Europa y de Asia. No veían ningún abismo entre la ética del confucianismo y la religión cristiana. Tampoco veían un incon-

veniente en la veneración de los antepasados, tan cara para los chinos de todas las épocas. En cambio, otras órdenes, en particular los dominicos españoles, pero también franciscanos y agustinos de otros países europeos, estaban horrorizados por el laxismo teológico de los jesuitas. Para esta fracción, no se podía aceptar la acomodación a los usos, ritos y creencias chinas, sino que había que mantener puro el cristianismo católico en todo su rigor dogmático. Al final, después de muchos debates, ataques y contra-ataques que no se pueden esbozar aquí ni siquiera en sus grandes líneas, el papa Clemente XI decretó en 1715 que, para nombrar a Dios, sólo se podía utilizar *tiān zhǔ* y que ningún cristiano podía participar en los ritos de veneración a los antepasados. El emperador Kāngxī, que durante largo tiempo había sido favorable a la misión cristiana en su reino, como consecuencia de este decreto prohibió el cristianismo en su reino en 1721. La empresa misionera había fracasado por los propios errores de la lejana Roma papal.

Pioneros españoles como Francisco Varo contribuyeron a ampliar los conocimientos lingüísticos en Europa. Los grandes representantes de la filosofía europea, como Leibniz y Voltaire, no se dejaron impresionar por los decretos papales y dedicaron a la China imperial un culto intelectual idealista y a veces exagerado. Lo que permanecía era el saber, el conocimiento de un mundo alejado con una lengua de asombrosa riqueza, opuesta a todo lo acostumbrado.

BIBLIOGRAFÍA

- Barreto, Luís Filipe (reseña de John W. Witek, ed.): *Dicionário português-chinês*, *Bulletin of Portuguese/ Japanese Studies*, 5 (2002), pp. 117-126, <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=36100507&iCveNum=1704>.
- Borri, Cristoforo: *Relatione della novissima missione delli PP. della compagnia di Giesù al Regno del Cocincina*. Roma: Corbeletti, 1631.
- Bossong, Georg: «The Influence of Far Eastern Languages on Western Linguistic Thought. The Case of Cristoforo Borri, S.J. and Tommaso Campanella», en: Zwartjes, Otto/ James, Gregory/ Ridruejo, Emilio (eds.): *Missionary Linguistics III. Morphology and Syntax. Selected Papers from the Third and Fourth International Conferences on Missionary Linguistics, Hong Kong, Macau & Valladolid*. Amsterdam: Benjamins 2007, pp. 123-143, <http://www.rose.uzh.ch/seminar/personen/bossong/135.pdf>.

- Breitenbach, Sandra: *Leitfäden in der Missionarlinguistik*. Bern: Peter Lang, 2004.
- *Spanische Sprachpolitik in Ostasien. Lateinische, chinesische und japanische Lehren und universale Grammatik als Schlüssel unserer Sprachgeschichte: Antonio de Nebrijas Introductiones Latinae (1481) und Francisco Varos Arte de lengua Mandarin (1703) in übernationaler Mission*. Berlin: Koester, 2005.
- *Missionary Linguistics in East Asia. The Origins of Religious Language in the Shaping of Christianity?* Bern: Peter Lang, 2008.
- Coblin, W. South/ Levi, Joseph A. (eds.): *Francisco Varo's Grammar of the Mandarin Language (1703). With an Introduction by Sandra Breitenbach*. Amsterdam: Benjamins, 2000.
- Coblin, W. South: *Francisco Varo's Glossary of the Mandarin Language*. (Vol.1: *An English and Chinese Annotation of the Vocabulario de la Lengua Mandarin*. Vol. 2: *Pinyin and English Index of the Vocabulario de la Lengua Mandarin*. Nettetal-Sankt Augustin: Institut Monumenta Serica, 2006.
- Cobo, Juan: *Libro chino intitulado Beng. Sim Po Cam, que quiere decir Espejo rico del claro corazón* (Manila 1592) (edición del manuscrito original bilingüe chino y español), http://bibliotecadigitalhispanica.bne.es/view/action/nmets.do?DOCCHOICE=182391.xml&dvs=1360763824408~19&locale=de_DE&search_terms=&adjacency=&VIEWER_URL=/view/action/nmets.do?&DELIVERY_RULE_ID=4&usePid1=true&usePid2=true.
- Collani, Claudia von: *Von Jesuiten, Kaisern und Kanonen. Europa und China — eine wechselvolle Geschichte*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2012.
- Dragunov, Alexandr A.: *Untersuchungen zur Grammatik der modernen chinesischen Sprache*. Berlin: Akademie Verlag, 1960.
- González, José María: «Apuntes acerca de la filología misional dominicana de Oriente», *España Misionera*, XII, 46 (1955), pp. 143-179.
- Haub, Rita/ Oberholzer, Paul: *Matteo Ricci und der Kaiser von China. Jesuitenmission im Reich der Mitte*. Würzburg: Echter, 2010.
- Institut Ricci: *Dictionnaire français de la langue chinoise*. Taipei: Institut Ricci, 1990.
- Klöter, Henning: *The Language of the Sangleys. A Chinese Vernacular in Missionary Sources of the Seventeenth Century*. Leiden: Brill, 2011.
- Levi, Joseph Abraham: *O dicionário português-chinês de Padre Matteo Ricci. Uma abordagem histórico-linguística*. New Orleans: University of the South, 1998.

- Martinet, André: «La double articulation linguistique», *Travaux du Cercle Linguistique de Copenhague*, 5 (1949), pp. 30-37.
- Matthews, R. H.: *A Chinese-English Dictionary Compiled for the China Inland Mission*. Shanghai: China Inland Mission, 1931 (revised edition Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2000).
- Pimpaneau, Jacques: *Shi Ji. Initiation à la langue classique chinoise à partir d'extraits des Mémoires historiques de Sima Qian*. Paris: You-Feng, 1988.
- Pulleyblank, Edwin G.: *Lexicon of Reconstructed Pronunciation in Early Middle Chinese, Late Middle Chinese, and Early Mandarin*. Vancouver: University of British Columbia Press, 1991.
- Vogel, Petra Maria: *Wortarten und Wortartenwechsel. Zur Konversion und verwandten Erscheinung im Deutschen und anderen Sprachen*. Berlin: de Gruyter, 1996.
- Witek, John W. S.J. (ed.): *Dicionário português-chinês. Michele Ruggieri & Matteo Ricci*. Lisboa: Biblioteca Nacional & Macau: Instituto Português do Oriente, 2001, http://books.google.com.au/books?id=A7h5YbM5M60C&pg=RA1-PA113&hl=de&source=gbs_selected_pages&cad=3#v=onepage&q&f=false).